

ORTEGA Y LA PSICOLOGIA SOCIAL HISTORICA

José R. Torregrosa Peris

Universidad Complutense

Observaciones introductorias

Por muy distintas razones, que no procede ahora enumerar, el influjo de Ortega en las orientaciones dominantes de las ciencias sociales —sobre todo en Sociología y Psicología— no ha sido todo lo que la hondura y clarividencia de un pensamiento permitían. Si bien es verdad que, en un cierto sentido, nuestro contexto intelectual ha estado impregnado de Ortega, a la hora de configurar áreas concretas de las ciencias sociales, y a pesar de la labor de personas como Paulino Garagorri, Julián Marías, Díez del Corral, Maravall, etc., pesaron más otros factores y otras orientaciones que las que hubieran podido derivarse más ampliamente del pensamiento de Ortega. Y sobre todo en los aspectos filosóficos-metodológicos. Es aquí, donde una consideración de las advertencias de Ortega hubiera ahorrado a algunas ciencias humanas, como la Psicología Social, muchos pasos en falso y callejones sin salida, y, a la postre, evitado posiblemente la débil fundamentación y la situación de crisis paradigmática a la que recientemente se han visto conducidas.

No quiero decir con ello que una más completa asimilación de la epistemología ortegiana hubiera resuelto todos los problemas. Pero es probable que, de haber tomado en seria consideración sus planteamientos, algunos de los debates actuales que afectan centralmente a las ciencias sociales, hubieran podido anticiparse algunas décadas y, con ello, la reorientación a la que asistimos en la actualidad.

Esto equivale a decir que ocuparse de Ortega no es, simplemente, contribuir a sacralizar su memoria, a alojarle en un pasado glorioso pero inerte, sino redescubrir una problemática que todavía sigue siéndolo para nosotros; tanto por el modo de plantearla como por las implicaciones específicas que se derivan de sus respuestas. En este sentido, me propongo mostrar aquí cómo el núcleo de problemas en torno a los que ha girado la crisis de la Psicología Social actual han sido ya vislumbrados por Ortega; y cómo algunas de las soluciones propuestas están en línea con lo que en su día él señaló (1).

El paradigma experimental y la Psicología Social histórica

Como es sabido, una de las tensiones constantes en el desarrollo de las ciencias sociales ha sido la de definir su propio objeto, es decir, la de encontrar una autodefinición. Una autodefinición que a la vez fuese conceptualmente plausible... y socialmente aceptable. A estos efectos, asumir un paradigma a imitar, el de las ciencias naturales dado sus evidentes

éxitos, se presentaba como una opción aparentemente razonable. Y tanto en la Sociología como en la Psicología académicas —aún con disidencias internas— se desarrollará un discurso justificativo e idealizado de sus propias prácticas científicas en términos del «paradigma reconstruido» de las ciencias naturales (Samelson, 1974; Apfelbaum, 1978).

En el caso concreto de la Psicología Social y por extensión desde la Psicología General, este paradigma puede resumirse en tres características fundamentales (Hendrick, 1977):

1. En primer lugar, la adopción de una concepción nomológico-deductivista de la explicación científica (implicando que es la única forma aceptable de explicación científica) tal y como aparece en numerosos experimentos en los que se pretende verificar (o contrastar) hipótesis.

2. En segundo lugar, la adopción del experimento de laboratorio como contexto fundamental de la investigación de relaciones funcionales entre variables.

3. Y en tercer lugar, una concepción mecánica, pasiva, del sujeto humano en ese laboratorio.

Es este paradigma el que ha conferido a la Psicología Social su naturalismo ahistórico, el que le propone como proyecto constituir un corpus de saber abstracto, universal, un saber cuasi absoluto con pretensiones de alcanzar algún día la precisión de las leyes de la Física. Ese carácter ahistórico no sólo se ha manifestado en el modo de construir su objeto, sino también en el escaso interés o poca profundización en su propia historia. La privación de la dimensión histórica a su objeto se traduce, reflexivamente, en una ausencia de conciencia histórica respecto de sí misma.

Junto a este carácter ahistórico, el paradigma experimentalista ha contruido igualmente a la adopción de un modelo de hombre individualista, desconectado artificialmente de los contextos en que se hace y actúa socialmente. No es sólo un individualismo metodológico, sino teórico; ni un individualismo descriptivo, sino también explicativo; un individualismo ideológico y no sólo científico. (Hogan y Emler, 1978; Sampson, 1978, 1981, 1983; Cartwright, 1979; Farr, 1980; Wallach y Wallach, 1983; Torregrosa, 1983; Minton, 1984).

Pero esta situación ha ido cambiando significativamente en los últimos años. Un hito importante en ese proceso de cambio fue la publicación del artículo de Kenneth Gergen sobre «La Psicología Social como Historia» (Gergen, 1973). La posición central de Gergen, desarrollada más in extenso en obras más recientes (Gergen y Morawski, 1981; Gergen, 1982; Gergen y Gergen, 1984), es la de que las ciencias sociales no pueden modelarse según el patrón de las ciencias naturales.

Existen diferencias sustanciales en los respectivos objetos de ambas, que hacen que la pretensión de intentar formular leyes generales de la conducta humana, válidas transhistóricamente, al igual que las formulaciones teóricas de las ciencias naturales, sea una pretensión equivocada.

El conocimiento y la realidad psicosociales están constituidos históricamente y su validez queda limitada a momentos y ámbitos culturales determinados. Por consiguiente la empresa de construir una Psicología Social como ciencia natural es equivocada; la indagación psicosociológica es fundamentalmente histórica.

Mientras que el mundo natural presenta una estabilidad y repetitividad en su dinámica, los acontecimientos humanos están sometidos a un mayor grado de indeterminación. La interacción humana nunca es una repetición de sí misma. De ahí que el conocimiento científico social no pueda ser acumulativo en el mismo sentido en que puede serlo en las ciencias naturales.

Por otra parte el conocimiento científico interviene como factor de cambio de la propia sociedad y, en este sentido, la utilización y generalización del conocimiento psicosociológico puede influir en la modificación de las pautas de conducta que se pretendían explicar, ello se debe no sólo al carácter descriptivo de la teoría psicológica, sino también a su subyacente carácter prescriptivo.

Una de las diferencias significativas entre las ciencias naturales y las ciencias sociales es que, «en las primera el investigador no puede comunicar su conocimiento a los sujetos de su estudio, de modo que sus disposiciones conductuales puedan ser modificadas. En las ciencias sociales tal comunicación pueden tener un impacto vital en la conducta» (Gergen 1973, pag. 315).

Otra línea de investigación seguida por Gergen en contra de la formulación de leyes transhistóricas en Psicología Social se basa en la constatación de la profunda dependencia de la teoría y la investigación de cada circunstancia histórica concreta. En resumen, lo que Gergen postula es una reorientación del conocimiento científico social que se atenga a la especificidad de su objeto y que no se desvirtúe esa especificidad en nombre de un pretendido rigor científico.

Las reacciones suscitadas ante esta posición no se hicieron esperar (Schlenker, 1974; Manis, 1975). Reacciones que descansan en el modelo reconstruido del neopositivismo, reapareciendo los planteamientos de Nagel sobre la ausencia de diferencias entre las ciencias naturales y las ciencias sociales, y lo que Popper ha llamado «reduccionismo promisorio» (Popper y Eccles, 1977). Con ello se desencadenaba una polémica de gran alcance, que no sólo ha afectado a la Psicología Social sino también a la Psicología. (Cronbach, 1975; Westland, 1978; Kosschau y Cofer, 1981; Kendler, 1981; Sarason, 1981; Rosnow, 1981).

Sin entrar en los pormenores de este debate (2) que, sin duda, va a continuar, pueden extraerse dos conclusiones genéricas. La primera es que resulta impropio seguir ateniéndose al paradigma experimentalista como modelo básico de la investigación psicosociológica. Esta conclusión no sólo se desprende de una lectura detenida de la literatura sobre la crisis, sino también desde una perspectiva filosófico-científica más amplia (3).

La segunda conclusión es la de que ha sido precisamente la constante tensión derivada de definir su objeto a partir de las exigencias restrictivas del método considerado científico por excelencia, es decir, el método experimental, lo que ha llevado a la Psicología Social a su naturalismo ahistórico y sesgo individualista, a los que nos hemos referido más arriba. Evidentemente, las razones de un proyecto y de una trayectoria histórica de este tipo no son sólo epistemológicas, o de método, sino también ideológico-políticas y corporativas, propias de los contextos socio-históricos en que dicha trayectoria ha tenido su génesis, desarrollo y actual configuración. (Wexler, 1983; Apfelbaum, 1985).

El punto de vista de Ortega

Estas dos conclusiones genéricas que, por contraste, vendrían a subrayar la historicidad de la Psicología Social y la de su objeto, no resultan sorprendentes desde nuestra propia tradición intelectual. Los términos del debate que hemos resumido parecen constituir ya una preocupación importante en el pensamiento de Ortega, en la medida en que dicho autor trata de proporcionar una adecuada fundamentación de las ciencias humanas. En este sentido, como en tantos otros, los planteamientos de Ortega han resultado ser premonitorios, de una vigencia sorprendente.

De modo análogo a lo acontecido en la última década, Ortega parte de una cierta conciencia de crisis respecto de la situación de la ciencia en general y de la Psicología en particular. Para él el diseño de una ciencia psicológica como ciencia natural según el paradigma al que nos hemos referido anteriormente es un proyecto equivocado. Así, en «Historia como sistema» (1935, edición inglesa; 1940, edición castellana) ya escribía hace medio siglo:

«Cuando la razón naturalista se ocupa del hombre busca, consecuentemente consigo misma, poner al descubierto su naturaleza. Repara en que el hombre tiene cuerpo —que es una cosa— y se apresura a extender a él la Física y, como ese cuerpo es además un organismo, lo entrega a la Biología. Nota asimismo que en el hombre, como en el animal, funciona cierto mecanismo incorporal o confusamente adscrito al cuerpo, el mecanismo psíquico, que

es también una cosa, y encarga de su estudio a la Psicología, que es ciencia natural. Pero el caso es que así llevamos trescientos años y que todos los estudios naturalistas sobre el cuerpo y el alma del hombre no han servido para aclararnos nada de lo que sentimos como más estrictamente humano, eso que llamamos cada cual su vida y cuyo entrecruzamiento forma las sociedades que, perviviendo, integran el destino humano. El prodigio que la ciencia natural representa como conocimiento de cosas contrasta brutalmente con el fracaso de esa ciencia natural ante lo propiamente humano. Lo humano se escapa a la razón físico-matemática como el agua por una canastilla» (págs. 31-32).

Las resonancias de este diagnóstico, postulado desde un profundo conocimiento del pensamiento contemporáneo, siguen escuchándose todavía en varias ciencias sociales y, sin duda, en la Psicología Social.

Pero no se trata sólo de una mera intuición aislada, de una simple observación coyuntural. Ya en 1915, en sus «Investigaciones Psicológicas», inéditas hasta 1979, señalaba:

«Después de cincuenta años de investigaciones psicológicas, cuando se han creado numerosos laboratorios y sociedades exclusivamente dedicadas a ellas, cuando más fuerte parecía resonar la afirmación de que es la psicología una ciencia independiente, emancipada de la filosofía, he aquí que los psicólogos comienzan a hacer alto en su trabajo y abandonando un momento los aparatos y la observación se recogen en reflexión y se preguntan: Bien, pero ¿Qué es lo psíquico? Nuestro material, nuestro problema, ¿cuál es?» (pág. 30).

El repliegue hacia los problemas conceptuales básicos se debía a que... «La Psicología se hallaba detenida ante algunos problemas... sin poder avanzar, sin poder justificar la retirada. Había en los laboratorios y en las meditaciones de los psicólogos una desesperanza y acedia, un *odium professionis* análogo al que suele acometer al cenobita cuando los primeros fuegos del entusiasmo religioso se han apagado» (ibid. pág. 149).

Esta situación en la Psicología de su tiempo se había producido por una apresurada importación del método científico-natural al estudio de las realidades humanas, mientras que se seguía manteniendo de éstas una concepción inadecuada. Es decir, se aplicaba un rigorismo metodológico desde una teoría insuficiente. Por ello dice Ortega textualmente: «... con todo respeto tengo que acusar al psicólogo tradicional de que inventa las cosas en vez de averiguarlas, de que no las busca tal y como ellas son y se presentan... sino que decreta de antemano cómo las cosas deben y tienen que ser...» (ibid., pág. 153).

Esta supeditación del objeto al método, conduce en el orden práctico —en el que, en última instancia adquiere sentido el quehacer científico— al «utopismo científico», a remitirse por la solución de problemas concretos a supuestos avances futuros de la ciencia. Es el «reduccionismo promisorio» de Popper. Pues bien, Ortega señala acertadamente este aspecto que durante cierto tipo ha sido tan característico de la ideología académica de la Psicología Social convencional. Así, escribirá en «Historia como sistema»: «La ciencia ha de resolver hoy sus problemas, no transferirlos a las calendarias griegas. Si sus métodos actuales no bastan para dominar hoy los enigmas del universo, los discreto es sustituirlos por otros más eficaces. Pero la ciencia al uso está llena de problemas que se dejan intactos por ser incompatibles con sus métodos. ¡Como si fueran aquéllos los obligados a supeditarse a éstos, y no al revés!» (pág. 28).

Es preciso, por tanto, atenderse a la naturaleza de las cosas y respetar su específica consistencia en el modo de indagarlas. «Si a diferencia del triángulo, el mundo físico está en el tiempo, a diferencia del mundo físico las cosas humanas no sólo están en el tiempo, sino que el tiempo está en ellas» (Ortega, 1958; pág. 99). Es decir, «el hombre no tiene naturaleza sino que tiene... historia, o lo que es igual: lo que la naturaleza es a las cosas es la historia —como *res gestae*— al hombre» (Historia como sistema, pág. 61).

Por eso concluirá en 1940, al final de su curso «Sobre la razón histórica»: «No es la razón pura, eleática y naturalista quien podrá jamás entender al hombre. Por eso hasta ahora el

hombre ha sido un desconocido... Y no es en los laboratorios donde se le va a encontrar. ¡Ha empezado la hora de las ciencias históricas!» (págs. 121, 122).

Desde estos supuestos, Ortega se propone la tarea de encontrar un modo de explicación más acorde con su teoría de la realidad humana, con lo que él considera la realidad radical, a saber, la vida humana. Ese modo de explicación no es la razón analítica, sino una razón, como su mismo objeto, dialéctica (Carpintero, 1968). Es a la propia dinámica de la realidad a la que debe subordinarse el pensamiento del observador. Su cometido no puede ni debe ser solamente segmentar o descomponer más o menos arbitrariamente la realidad para comprobar si responde a sus propios esquemas. La realidad humana es una realidad abierta, inconclusa, que no puede quedar determinada en su concreción desde una legalidad abstracta que la defina de una vez por todas. El hombre no es un *factum*, sino un *faciendum*, un «peregrino del ser» como dirá expresivamente Ortega. Por consiguiente, la racionalidad que vaya a explicarlo, debe igualmente ser una racionalidad abierta, dialéctica. A esa forma de racionalidad corresponde la *razón histórica*.

«Para comprender algo humano —dirá Ortega— personal o colectivo, es preciso contar una historia. Este hombre, esta nación hace tal cosa; y es así *porque* antes hizo tal otra y fue de otro modo. La vida sólo se vuelve un poco transparente ante la razón histórica» (Historia como sistema, pág. 59) Esta forma de razón «que no consiste en inducir ni en deducir, sino lisamente en narrar, es la única capaz de entender las realidades humanas, porque la textura de éstas es ser históricas, es historicidad» (Una interpretación de la historia universal, pág. 109).

Algunas implicaciones

Es obvio que estas referencias tan rápidas a los planteamientos de Ortega apenas dejan entrever toda la riqueza y alcance de su obra. No es ese el propósito de estas reflexiones que, por otra parte, ya ha sido cumplidamente realizado por eminentes estudiosos y discípulos (Marías, 1960, 1971, 1983; Rodríguez Huéscar, 1966; Garagorri, 1968, 1970; Silver, 1978; Cerezo, 1984, etc.). Pero creo que son suficientes para poner de relieve cómo todo un conjunto de problemas epistemológicos y metateóricos con que la Psicología Social y otras ciencias sociales se están enfrentando actualmente están advertidos ya, y con muy sugestivas indicaciones en su pensamiento. Creo que es en este nivel, en el de pensar en profundidad las condiciones en que se ha de fundar el saber sobre la realidad humana —«las humanidades» como diría él—, en el que sus planteamientos siguen vigentes para la Psicología Social. Al destacar los paralelismos y afinidades de su pensamiento con el de autores como Kenneth Gergen, empeñados en reorientar la investigación psicosociológica desde una situación de crisis, creo haberlo mostrado por lo que respecta a un área concreta de las ciencias sociales.

Pero en los últimos lustros se han producido desarrollos e inflexiones en otras áreas que son coherentes con los planteamientos de Ortega, y que vienen a confirmar —sino lo que estaba ya suficientemente— la vigencia y virtualidad de los mismos. Así todos los avances en lo que se ha venido a denominar sociologías cualitativas: Sociología fenomenológica, etnometodología, Sociología de la vida cotidiana, la etogenia de Harré, los intentos de desarrollo de una Psicología dialéctica, etc. Creo que habría igualmente, que investigar las afinidades de su pensamiento con el interaccionismo simbólico. Todo lo cual nos hace pensar que una «recepción plena» de su pensamiento en las ciencias sociales quizá no se haya producido todavía.

En este sentido, soy de la idea de que, por mínima que sea nuestra conciencia histórica, deberíamos considerar desde una posible Psicología Social española, el pensamiento de Ortega como uno de nuestros obligados puntos de referencia (Germain, 1983). Las razones en que se funda esta convicción parecen suficientemente claras a la luz de los pocos textos

que he transcrito más arriba y de algunos de los temas centrales que preocupan hoy a la Psicología Social.

No obstante, si bien he hecho referencia a algunos aspectos de su Filosofía —de su teoría del conocimiento y de su antropología— cuya vigencia resulta patente en la literatura reciente de nuestra disciplina, otros aspectos de su obra permiten, sin duda, situarle en un lugar preeminente en cualquier posible historia de la Psicología Social en España y fuera de ella. Y ello tanto por sus estudios sobre distintos aspectos concretos de la sociedad española que se aventura a estudiar, cuanto en sus trabajos más sistemáticos. Baste, simplemente, con mencionar obras como *La rebelión de las masas* (Carpintero, 1984) o *El hombre y la gente*.

Por otra parte, se trata de un pensamiento pensado en y desde nuestra lengua y nuestro propio contexto intelectual, cuyos perfiles serían muy diferentes sin el magisterio de Ortega. Ciertamente que, en ocasiones, las tradiciones intelectuales en que nos hallamos inmersos nos impiden el avance en vez de facilitarlo. Pero también la ausencia de memoria histórica puede producir espejismos de progreso, en medio de una deplorable e inconsciente condición de subalternidad intelectual. Desde esta óptica, la asunción crítica de la tradición orteguiana no sólo provee a la indagación psicosociológica de un marco intelectual propio más amplio, sino también la posibilidad de incorporarse, sin excesivos asombros, a sus desarrollos más recientes.

Conviene señalar también, en este sentido, que el acento de Ortega en la historicidad, su razón histórica, nos lleva a contemplar la «Historia» de la Psicología Social, no como una trayectoria lineal y unívoca, resultado de una supuesta ciencia de validez objetiva y universal —a la que habría que atenerse para realmente ser «científicos»—, sino como un proceso culturalmente mucho más diversificado y complejo, en el que las distintas perspectivas, proyectos y concepciones se van configurando en íntima dependencia de la realidad social concreta en la que se hallan inscritos. La pretensión de sus varios proyectos de permitir un mejor conocimiento o comprensión del hombre y de las relaciones sociales, etc., no podría ser sólo enjuiciada desde una **supuesta y única racionalidad científica** —que ha sido la del control, predicción, manipulación, en última instancia del poder— sino desde una racionalidad crítica y evolutiva más amplia que, consciente de su propia historicidad, tendería a desabsolutizar el carácter prescriptivo de cualquier práctica científico-disciplinaria. Con ello, la posibilidad de proseguir una andadura autónoma queda no sólo abierta, sino también legitimada filosóficamente. Tanto las recientes interpretaciones de la historia de la Psicología Social como algunos desarrollos actuales en la Filosofía de la ciencia, convergen con estas reflexiones surgidas al hilo de una relectura de Ortega (4). Quizas resulte conveniente recordarlo en unos momentos en que debemos congratularnos por el nacimiento de una **Revista de Psicología Social**.

A modo de conclusión resumida

En las páginas que anteceden he procurado mostrar la pertinencia del pensamiento de Ortega para algunas cuestiones centrales de la Psicología Social de nuestro tiempo. Más en concreto he procurado establecer ciertos paralelismos entre los términos con que los psicólogos sociales han descrito el estado de su disciplina y las apreciaciones orteguianas —obviamente, desde sus supuestos filosóficos— sobre las opciones metodológicas de la Psicología académica dominante. En especial, ese paralelismo revela coincidencias considerables en el caso de la Psicología Social de Gergen. Ciertamente que esas coincidencias no pueden referirse a líneas de investigación concreta, sino a supuestos metateóricos y epistemológicos fundamentales. Ortega era un filósofo —un intelectual cuya trascendencia para el pensamiento español no vamos a descubrir!— y, por tanto su nivel de reflexión desborda los límites de las disciplinas empíricas. Ahora bien, estos no pueden eludir totalmente la

reflexión filosófica. Hay momentos de su desarrollo en que esa reflexión se hace prioritaria, bien porque inician su constitución y movimiento, bien porque evalúan con incertidumbre y sentimientos encontrados el camino recorrido. Aunque en sentido distinto ambos momentos simultáneamente, son propios de la Psicología Social española.

El discurso orteguiano resulta esclarecedor en situaciones de esta naturaleza. Su virtud no se circunscribe sin embargo, a estos aspectos metodológico-generales.

Hay en Ortega una Psicología Social sustantiva cuyas implicaciones para la teoría y la investigación habría que estudiar en profundidad. No sólo para construir un pasado más o menos plausible de la Psicología Social española, sino para que ésta asuma, activa y críticamente, una tradición intelectual que tan fecunda ha mostrado ser en otros campos afines. El sentido de estas reflexiones no es otro que el de servir de estímulo en esa dirección.

NOTAS

(1) No creo que esta afirmación, así como las que siguen para expandirla y apoyarla, pueda ser descartada como un caso de «presentismo» (Stocking, 1965), como una proyección de cuestiones actuales que nunca lo fueron para Ortega. En principio, porque toda referencia al pasado puede ser calificada de «presentista», pues no puede hacerse más que desde un presente, desde las preocupaciones y problemas de un sujeto en un momento dado. Como ha dicho Maravall (1958), «en la historia no conocemos, ni podemos conocer, la realidad histórica en sí, esto es, cómo ocurrieron en realidad las cosas, si en esa frase, realidad quiere decir **con independencia de todo observador que las contemple**. De las cosas de la Historia no conocemos, en el plano de la misma, sino cómo se nos presentan en su relación con nosotros, en su relación y moldeamiento por el sujeto que las somete a su observación» (Maravall, 1958, pág. 52) (subrayado del propio Maravall).

Para ver la relación, el hilo conductor que va desde los planteamientos orteguianos a los problemas epistemológicos y metateóricos de la Psicología Social de hoy, hay que relativizar las barreras entre disciplinas concretas dedicadas al estudio del hombre, y considerar ciertos supuestos básicos en que todas ellas descansan. Esos problemas, que son problemas constitutivos, siguen siéndolo tanto en la actualidad como en toda la historia del pensamiento social. En este sentido como el propio Ortega (1915) observó: «cuando una ciencia se halla en crisis radical y se intenta su reforma, se hace obra de carácter filosófico...» (Ortega, 1915, pág. 49).

En cualquier caso, es posible y legítimo referirse a Ortega como él lo hizo con respecto a Kant señalando que «nada es vivo sino en la medida en que es y sigue siendo problema...» (1929, pág. 49) o respecto a Goethe: «No hay más que una manera de salvar al clásico: usando de él sin miramiento para nuestra propia salvación; es decir, prescindiendo de su clasicismo, trayéndolo hasta nosotros, con temporaneizándolo, inyectándole pulso nuevo con la sangre en nuestras venas cuyos ingredientes son **nuestras pasiones... y nuestros problemas**» (1932, pág. 166).

(2) Véanse, en este sentido, los volúmenes de 1976 y 1977 del *Personality and Social Psychology Bulletin*; Burillo, 1977 y Katz, 1978; Blanco, 1981; Sarabia, 1983; Stryker, 1983; McMahon, 1984.

(3) Evidentemente no debería tratarse de una conclusión novedosa. Nada menos que Hume —a quien en otro sentido puede considerársele como uno de los antecedentes filosóficos del paradigma experimentalista—, en la Introducción al «Tratado sobre la Naturaleza Humana», hacía la siguiente advertencia: «Cuando yo no sé cómo conocer los efectos de un cuerpo sobre otro en alguna situación necesito tan sólo colocarlos en esta situación y observar qué resulta de ellos; pero si intentase de la misma manera aclarar alguna duda en Filosofía moral, colocándome en el mismo caso que yo considero, es evidente que esta reflexión y premeditación turbaría tanto la actuación de los principios naturales, que haría imposible sacar una conclusión exacta de este fenómeno; **por consiguiente, debemos recoger nuestros experimentos en nuestra ciencia de una cuidadosa observación de la vida humana y tomarlos tal y como se presentan en el curso corriente de la vida**. Por la conducta de los hombres en la sociedad, en los asuntos y en sus placeres (pág. 14).

(4) Véase, en este sentido, por ejemplo, la intervención de Toulmin (1981) en el Simposio de Houston sobre temas fundamentales de la Psicología, en el que participaron autores como Pribram, Roger Brown, Karl Weick, etc.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

- Apfelbaum, E. Prolegomena for a history of social psychology: Some hypothesis concerning its emergence in the 20th century and its *raison d'être*. Trabajo presentado en la reunión de la *Cheiron Society*. 1978.
- Apfelbaum, E. La Psicología Social y sus trabas: el cómo y el por qué. *Revista de Psicología Social*. 1985, Núm. 0.
- Blanco, A. La Psicología Social: Desorientación y aplicación a la realidad española. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*. 1980, 12, 159-194.
- Carpintero, H. Estudios sobre el método en Ortega. *Revista de Occidente*. 2.ª Epoca. 1968, 66, 321-327.
- Carpintero, H. Ortega y su psicología del hombre-masa. En Marías, J. y otros: *Un siglo de Ortega y Gasset*. Madrid: Ed. Mezquita, 1984.
- Cartwright, D. Contemporary Social Psychology in Historical Perspective. *Social Psychology Quarterly*. 1980, 42, 82-93.
- Cerezo, P. *La voluntad de aventura*. Barcelona: Ariel, 1984.
- Cronbach, L.J. Beyond the two disciplines of scientific psychology. *American Psychologist*. 1975, 30, 116-127.
- Farr, R.M. Homo socio-psychologicus. En Chapman, A.J. y Jones, D.J. (Eds.): *Models of Man*. The British Psychological Society. 1980.
- Garagorri, P. *Unamuno, Ortega, Zubiri, en la filosofía española*. Madrid: Ed. Plenitud, 1968.
- Garagorri, P. *Introducción a Ortega*. Madrid: Alianza, 1970.
- Gergen, K.J. Social Psychology as History. *Journal of Pers. and Soc. Psych.* 1973, 26, 309-320.
- Gergen, K.J. *Toward Transformation in Social Knowledge*. Hillsdale, N.J.: LEA, 1982.
- Gergen, K. J. y Gergen, M. M. (Eds.) *Historical Social Psychology*. Hillsdale, N.J.: LEA, 1984.
- Germain, J. "Ortega y la psicología". *Revista de Occidente*. 2.ª Ep. 1983, 24-25, 139-147.
- Hendrick, C. "Social Psychology as an Experimental Science", en Hendrick, C. (Ed.): *Perspectives on Social Psychology*. Hillsdale, N. J.: LEA, 1984.
- Hogan, R. T. y Emler, N. P. "The biases in contemporary Social Psychology". *Social Research*. 1978, 45, 478-534.
- Hume, D. *Tratado de la Naturaleza Humana*. México: Ed. Porrúa, 1977 (1739).
- Jiménez Burillo, F. Sobre algunas cuestiones de la Psicología Social actual. *Revista de la Opinión Pública*, 1977, 47, 139-196.
- Kasschau, R.A. y Cofer, Ch. N. (Eds.) *Psychology's Second Century*. Nueva York: Praeger, 1981.
- Katz, D. "Social Psychology in Relation to the Social Sciences: The Second Social Psychology". *American Behavioral Scientist*. 1978, 21, 779-792.
- Kendler, H. H. *Psychology: A Science in Conflict*. Nueva York: Oxford University Press, 1981.
- Manis, M. "Comment o Gergen's 'Social Psychology as History'". *Pers. and Soc. Psych. Bulletin*. 1975, 1, 450-455.
- Maravall, J. A. *Teoría del saber histórico*. Madrid: Revista de Occidente, 1958.
- Marías, J. *Ortega. Circunstancia y vocación*. Madrid: Revista de Occidente, 1973 (1960) 2 vols.
- Marías, J. *Acerca de Ortega*. Madrid: Revista de Occidente, 1971.
- Marías, J. *Ortega. Las trayectorias*. Madrid: Alianza, 1983.
- Mc Mahon, A. M. "The Two Social Psychologies: Postcrises Directions". *Annual Review of Sociology*. 1984, 10, 121-140.
- Minton, H. L. "J. F. Brown's Social Psychology of the 1930s: A Historical Antecedent to the Contemporary Crisis in Social Psychology". *Pers. and Soc. Psych. Bulletin*. 1984, 10, 31-42.
- Ortega y Gasset, J. *Investigaciones Psicológicas*. Madrid: Alianza, 1979 (1915).
- Ortega y Gasset, J. *Kant, Hegel, Scheler*. Madrid: Alianza, 1983 (1929).
- Ortega y Gasset, J. *Tríptico: Mirabeau, Kant, Goethe*. Madrid: Espasa-Calpe, 1955 (1932).
- Ortega y Gasset, J. *Historia como sistema*. Madrid: Revista de Occidente, 1975 (1935 en inglés, 1941 en castellano).
- Ortega y Gasset, J. *Sobre la razón histórica*. Madrid: Alianza, 1979. (1940, 1944).
- Ortega y Gasset, J. *Una interpretación de la historia universal*. Madrid: Alianza, 1979 (1958).
- Popper, K. R. y Eccles, J. C. *The Self and its Brain*. Springer International. 1977.
- Rodríguez Huéscar, A. *Perspectiva y verdad*. Madrid: Alianza, 1985. (1966).
- Rosnow, R. L. *Paradigms in Transition*. Nueva York: Oxford University Press, 1981.
- Sampson, E. E. "Scientific Paradigms and Social Values: Wanted a Scientific Revolution". *Journal of Pers. and Soc. Psych.* 1978, 36, 1332-1343.
- Sampson, E. E. "Cognitive Psychology as Ideology". *American Psychologist*. 1981, 36, 730-743.
- Sampson, E. E. *Justice and the Critique y Pure Psychology*. Nueva York: Plenum, 1983.
- Samelson, F. "History, origin, myth and ideology: Comte's discovery of social psychology". *Journal of the Theory of Social Behaviour*. 1974, 4, 217-231.
- Sarabia, B. "Limitaciones de la psicología social experimental. Necesidad de nuevas perspectivas", En Torregrosa, J. R. y Sarabia, B. (Dirs.): *Perspectivas y contextos de la Psicología Social*. Barcelona: Ed. Hispano Europea, 1983.
- Sarason, S.B. *Psychology misdirected*. Nueva York: The Free Press, 1981.
- Schlenker, B. R. "Social Psychology and Science". *Journal of Pers. and Soc. Psychology*. 1974, 29, 1-15.
- Silver, Ph. W. *Fenomenología y Razón Vital*. Madrid: Alianza, 1978.
- Stryker, S. "Tendencias teóricas de la Psicología Social: Hacia una Psicología Social interdisciplinar", en Torregrosa, J. R. y Sarabia, B. (Dirs.): *Perspectivas y contextos de la Psicología Social*. Barcelona: Ed. Hispano Europea, 1983.
- Stocking, G. W. "On the limits of 'presentism' and 'historicism' in the historiography of the behavioral sciences". *Journal of the History of the Behavioral Sciences*. 1965, 1, 211-218.
- Torregrosa, J. R. "La identidad personal como identidad social", en Torregrosa, J. R. y Sarabia, B. (Dirs.): *Perspectivas y contextos de la Psicología Social*. Barcelona: Ed. Hispano Europea, 1983.
- Toulmin, S. "Closing Summary". En Kasschau, R. A. y Cofer, Ch. N. (Eds.): *Psychology's Second Century*. Nueva York: Praeger, 1981.
- Wallach, M. A. y Wallach, L. *Psychology's Sanction for Selfishness*. San Francisco: W. H. Freeman, 1983.
- Westland, G. *Current Crises of Psychology*. Londres: Heinemann, 1978.
- Wexler, P. *Critical Social Psychology*. Londres: Routledge and Kegan Paul, 1983.